



## Marcos Rafael Blanco Belmonte (1871-1936)

---

A pesar de que Marcos Rafael Blanco Belmonte fue autor de varios relatos, diversos cuentos infantiles, un buen puñado de obras dramáticas, una novela histórica, variados libros de poesía, desde su inicial, juvenil y modernista *Aves sin nido*, de 1902 y a pesar de haber sido incluido por Emilio Carrere en *La corte de los poetas*, no es posible hablar de él como uno de los autores decisivos de la época. En su obra, sin ser definitorios, «no le son del todo ajenos cierto impulso de renovación formal y la asunción de algunos motivos temáticos característicos del modernismo más exteriorizante: el ritmo de arte mayor dodecasílabo, las princesas wagnerianas, los joyeles evocadores del paso o el exotismo islámico» (Olmo Iturriarte y Díaz de Castro, 2008: 172). Ello entronca, en numerosas ocasiones, con una visión hasta cierto punto épica e idealizada de lo medieval como sucede en los poemas de temática cidiana aquí recogidos: «La venganza del Cid», «Protesta del campeon», ambos de *Los que miran más allá* (1911), «La nochebuena del Cid», de *La patria de mis sueños* (1913) o «Los hermanos de Álvaro Fáñez», de *Al sembrar los trigos* (1913). Esta visión exaltada y patriótica que se desprende de estos poemas es mucho más explícita en «¡España!», donde las alusiones al pasado medieval de la Península, así como a otros acontecimientos históricos, están dirigidos a un final en que el hablante lírico exclama que al morir desea «besar su tierra con mi muerta boca /y estrechar a mi Patria contra el pecho». «Joya de Ávila», también de *La patria de mis sueños*, ubica la voz del sujeto lírico en el Monasterio de Santo Tomás de Ávila, frente al sepulcro del Infante don Juan, en una clara inmersión en lo medieval, un recurso sobre el que retorna en «El alma del califa», de *Al sembrar los trigos*, ahora desde una óptica orientalista, tan ligada con el gusto modernista de la época (Olmo Iturriarte y Díaz de Castro, 2008: 172). «Ante el Castillo de Coca» no es una mera descripción arquitectónica de un edificio medieval, sino que los muros, las almenas y los fosos permiten a Blanco Belmonte realizar un recorrido histórico que, principalmente, sobrevuela la figura de sus constructores y recorre detalles de la Guerra de las Comunidades de Castilla. Finalmente, «Las joyas del juglan» es un poema de alabanza a lo popular, explicitada por la vinculación socio-literaria pueblo-romancero.

Debido a lo extenso de la obra de temática medieval de Marcos Rafael Blanco Belmonte, tan solo hemos incluido algunos poemas. Las referencias a los poemas no antologados son las siguientes:

«Voces de ayen» (*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 33-37)

«Fe de vida» (*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 65-68)

- «La pena de vivir» (*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 157-160)  
«Al sembrar los trigos» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 7-11)  
«Vidas de antaño» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 15-24)  
«Ante todo, la madre» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 37-43)  
«La nochebuena de los siglos» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 105-111)  
«Pro patria» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 169-173)  
«Alma de golondrina» (*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 183-187)

### La venganza del Cid

I

De Castilla desterrado  
con su hueste sale el Cid;  
Vivar despide al caudillo  
y llora al verlo partir;  
Ceñudo marcha Ruy Díaz,  
ceñudo va Pero Gil<sup>146</sup>  
el escudero bizarro  
del invicto paladín;  
van plegadas las banderas,  
y, en la mañana de abril,  
mudos están los tambores  
y sin aliento el clarín.  
¡Es un cortejo de luto  
la brava hueste del Cid!

Por desamor de Castilla  
sale de Castilla el Cid;  
las nubes del desafecto  
no dejan al sol lucir;  
hierven de enojo las almas  
de la hueste varonil  
que nunca cejó luchando  
que siempre venció en la lid;  
todos sueñan con vengarse  
de aquel agravio ruin

146. Dice la leyenda que Pero Gil fue un caballero del Cid que en la zona de Tramacastilla (Teruel) fue sorprendido por un contingente musulmán que comenzó a perseguirlo. Al llegar al desfiladero de Barrancohondo se vio acorralado y espoleó a su caballo para saltar de un lado al otro del río, salvando una distancia imposible y huyendo de los musulmanes. Las patas, cuenta la leyenda, quedaron marcadas en la roca. Hoy en día, a esa zona se la conoce como «Salto de Pero Gil» (Beltrán, 1979: 112).

que aleja del patrio suelo  
al luchador más gentil.  
¡Por no caber en Castilla  
se va de Castilla el Cid!

Al llegar a la frontera  
detiene su hueste al Cid;  
despléganse los pendones  
grita arrogante el clarín,  
los tambores redoblando  
rasgan los aires de abril,  
y llevan voces de guerra  
a los campos de musulín.  
–Tú me destierras, Castilla  
–exclama el bravo adalid–;  
me echas de tu suelo, patria,  
no quieres que viva en ti;  
¡por la cruz de mi Tizona  
juro vengarme o morir!

Y aguijando su caballo  
sale de Castilla el Cid.

## II

Tiemblas Castilla admirada  
al saber nuevas del Cid.  
Mueven a gozo y a envidia  
las glorias del paladín.  
Ya en las vegas egabrenses<sup>147</sup>  
avasalla a Motamid,<sup>148</sup>  
ya entra en Monzón y derrota  
al morisco rey Mondhir,<sup>149</sup>  
ya en Segorbe y en Murviedro<sup>150</sup>  
tributos cobra al musulín,

147. Gentilicio del municipio de Cabra (Córdoba).

148. Al-Mutamid fue el rey de la taifa de Sevilla (1069-1090) y último rey abadí, que libró varias batallas con Alfonso VI a finales del siglo XI.

149. Monzón hace referencia al municipio oscense hacia el que, a finales del siglo XI, había avanzado la hueste del Cid desde Lérida.

150. Segorbe: municipio del interior de la provincia de Castellón. Aparecía en el *Cantar de mio Cid*. Murviedro: Sagunto, municipio de la costa en la provincia de Valencia. La ruta natural para acceder desde Aragón hasta Valencia atraviesa Segorbe y Sagunto, paralela al curso del Río Palancia.

triunfa en tierra aragonesa  
 del hijo de Moctadir,<sup>151</sup>  
 y cobra fuerte rescate  
 al señor de Albarracín;<sup>152</sup>  
 lauros cosecha Rodrigo  
 del Ebro al Guadalquivir;  
 ¡no hay monarca ni guerrero  
 que pueda igualar al Cid!<sup>153</sup>

Porque en Castilla lo llama  
 a Castilla vuelve el Cid.  
 El Rey le sale al encuentro,  
 y, entre toques de clarín,  
 avanza por la llanura  
 la hueste del adalid.  
 Y al llegar a la frontera  
 –como en el lejano abril–  
 detiene el Cid a su tropa  
 pronta a clamar o a rugir,  
 y, haciendo gran reverencia,  
 así dice, al Rey, el Cid:  
 –Por la cruz de mi Tizona  
 juré vengarme o morir;  
 con el favor de los cielos  
 mi juramento cumplí;  
 de la tierra castellana  
 fue ley hacerme salir;  
 de mi patria me lanzaron  
 y nunca de ella me fui,  
 ¡se hizo tierra de Castilla  
 la tierra que pisó el Cid!  
 Luché contra siete reyes

151. Al-Muqtádir fue rey de la taifa de Zaragoza desde 1046 hasta 1081. Al-Mutamán, su hijo, fue heredero de la corona, que mantuvo desde 1081 hasta 1085. El Cid, desterrado de Castilla en 1081, sirvió a Al-Mutamán junto a sus mercenarios hasta 1086, momento en que Alfonso VI intentó conquistar la ciudad, lo que le hizo romper lazos con los musulmanes por un conflicto personal de intereses, al ser su señor natural, el rey de Castilla, quien atacaba la ciudad.

152. Municipio de la provincia de Teruel. Fue conquistado por las tropas del Cid en 1090. Aparece nombrado, también, en el *Cantar de Mío Cid*. Durante esos años, el rey de la pequeña taifa de Albarracín fue Abd al-Malik ibn Razin.

153. Resulta, teniendo en cuenta la distribución geográfica de los espacios anotados, cuanto menos curioso, por no decir imposible, el recorrido de la hueste del Cid que plantea Blanco Belmonte en estos versos. Lo podemos tomar bien como un error o bien como una licencia poética.

y a los siete los vencí;  
os los traigo por vasallos  
con riquísimo botín.  
Y cuando juzguéis pequeños  
los reinos que, en buena lid,  
os he ganado, ¡mandadme  
otra vez fuera de aquí!  
Siempre, aún lejos de Castilla,  
estará en su patria el Cid.

III

Así procede el buen hijo  
de corazón varonil,  
cuando la patria lo hiere  
con desafecto ruin.  
Así son los caballeros  
que no humillan la cerviz  
ni a la sinrazón altiva  
ni al rencor salvaje y vil.  
Así fueron los caudillos  
que en epopéyica lid  
hicieron grande a su patria  
luchando contra el musulín.  
Así nobles, generosos,  
fueron siempre, ¡siempre así!

Hermanos que, en otras tierras,  
bravos combates reñís;  
emigrantes españoles  
que buscáis lejos de aquí  
albergue, pan y trabajo,  
vuestras armas esgrimid;  
y si, al dejarnos, jurasteis  
tomar venganza o morir,  
luchad cual hombres honrados  
y, de la lucha en el fin,  
sea, al volver vuestra venganza,  
¡la venganza de Mío Cid!

(*Los que miran más allá*, 1911;  
extraído de *Romancero del Cid*, edición de Luis Guarner, 1954, pp. 437-439)

## Protesta del campeador

I

Murió luchando en Valencia  
 Cid Rodrigo el Campeador;  
 murió venciendo con gloria  
 como con gloria vivió;  
 Castilla vive de luto,  
 siente el moro admiración,  
 y, entre el respeto de todos  
 –un respeto que es amor–,  
 lentamente, por jornadas,  
 desde el Turia al Arlanzón<sup>154</sup>  
 llevan el muerto despojo  
 del que a Castilla ensanchó.  
 Ayer, pequeño era el mundo  
 para encerrar su ambición.  
 ¡Hoy cabe entre cuatro tablas  
 Cid Rodrigo el Campeador!

En San Pedro de Cardeña,  
 cerca del altar mayor,  
 entre enemigos pendones  
 que en cien combates ganó,  
 descansa el cadáver yerto  
 del glorioso luchador.<sup>155</sup>  
 Plañideras las campanas  
 gimen con doliente voz,  
 y en la castellana estepa  
 no relumbra el claro sol,

154. El río Turia nace en Muela de San Juan (Teruel), concretamente en los Montes Universales y desemboca en la ciudad de Valencia. El Arlanzón, por su parte, nace en la Sierra de la Demanda (al sureste de Burgos) y desemboca en el río Arlanza, afluente del Pisuerga y, a través de este, afluente del Río Duero, que atraviesa Castilla León para desembocar en Oporto (Portugal).

155. En el monasterio de San Pedro de Cardeña (Castrillo de Val, Burgos) dejó el Cid, al amparo del abad Sancho, a su mujer Doña Jimena y a sus hijas antes de marchar al destierro, según indica el *Cantar de Mío Cid*, hecho que no está atestiguado por pruebas históricas. Realmente, el primer enterramiento del Cid fue en Valencia en 1099, pero tres años después sus restos fueron trasladados a San Pedro de Cardeña, cuando el empuje almorávide en Valencia hizo imposible a Doña Jimena mantener el control de la ciudad y tuvo que trasladarse de nuevo a Burgos. La tumba del Cid sufrió varios espolios durante la Guerra de Independencia por parte de los soldados de Napoleón. Los huesos que pudieron recuperarse se llevaron a Burgos para, después, volver a San Pedro, de donde volvieron a salir durante las desamortizaciones de finales del siglo XIX. Actualmente, sus supuestos restos reposan en el crucero de la Catedral de Burgos.

porque le faltan espejos  
que hasta entonces siempre halló;  
la espada del campeón,  
y era espejo de grandeza  
Cid Rodrigo el Campeador.

II

A San Pedro de Cardeña,  
cerca del altar mayor,  
astutamente un judío,  
en la alta noche llegó,  
y, del Cid ante el cadáver,  
dijo con trémula voz:  
–Cuentan que nadie en el mundo  
al Cid Rodrigo afrentó;  
voy a escupirle en el rostro.

.....

Y, por milagro de Dios,  
alzó el cadáver la diestra,  
y el pesado manoplón  
cruzó la faz del villano,  
que sin sentido rodó.  
¡Ni aun muerto sufre una afrenta  
Cid Rodrigo el Campeador!<sup>156</sup>

III

Creyendo muerta a la Patria,  
confundiendo su aflicción  
con sollozos de agonía,  
hay quien eleva la voz  
queriendo inferir afrentas  
a la Patria, toda honor.

Si con estrofas fundidas  
del cariño en el crisol  
pudiera, para mi orgullo,  
forjar recio manoplón,

156. La presente leyenda pertenece a la *Estoria caradignense*, un relato épico-hagiográfico creado para fomentar el culto a la tumba del Cid.

fueran mis versos azote  
del villano insultador  
que sueña escupir sus odios  
a la majestad de un sol.

.....  
¡Aún alienta en nuestras almas  
Cid Rodrigo el Campeador!<sup>157</sup>

(*Los que miran más allá*, 1911;  
extraído de *Romancero del Cid*, edición de Luis Guarner, 1954, pp. 441-442)

### La nochebuena del Cid

I  
En tierra de moros lucha  
Cid Rodrigo de Vivar;  
en tierra de moros vence  
el glorioso capitán  
que ensancha en tierra de moros  
el castellano solar,  
y que al blandir su Tizona,  
como guadaña ideal,  
va cosechando laureles  
–prendas de honor y lealtad–.  
Desde Cardeña a Murviedro,  
desde Monzón hasta el mar,<sup>158</sup>  
lo que perdió el rey Rodrigo  
en tiempo lejano ya,  
quiere ganar con su brazo  
Cid Rodrigo de Vivar;  
que si antaño erró un monarca  
a impulsos de torpe afán,  
al buen vasallo le cumple  
el desacierto enmendar.

157. No hemos encontrado referencias a esta leyenda cidiana. Probablemente, fuera una de las *Leyendas de Cardeña* que se popularizaron y difundieron tras la muerte del Cid que fueron elaborados por los monjes del monasterio.

158. Remitimos a las notas de los dos poemas anteriores para estas tres referencias espaciales.

II

Castilla va con Rodrigo;  
con el Cid, Castilla va;  
que Castilla, noble y grande,  
tiene un trono y un altar  
en el alma grande y noble  
de su Campeador leal.  
Alma austera, brava y fuerte,  
alma toda majestad,  
como las pardas llanuras  
del castellano solar;  
como esos campos desiertos  
sin sonrisas de rosal;  
pero alma, como esos campos,  
de hermosa fecundidad,  
que en los pechos es virtudes  
y en los trigales es pan.  
Castilla está con Rodrigo;  
con el Cid, Castilla está;  
que es el alma de Castilla  
Cid Rodrigo de Vivar.

III

En las vegas valencianas,  
orgullo del musulmán,  
ha acampado con su hueste  
Cid Rodrigo de Vivar,  
y allí su pendón de guerra  
flota en los aires audaz  
como amenaza de muerte,  
como terrible alcotán  
que nunca teme ser visto,  
pues siempre sabe triunfar.  
Y al morir envuelta en sangre  
—como en púrpura imperial  
una tarde de diciembre  
llena de encanto sin par,  
brotan alegres rumores  
que en alas del viento van

hasta las tropas muslimes  
que defienden la ciudad–.  
¡Todo es júbilo en la hueste  
de Rodrigo de Vivar!

## IV

Mientras al arder las jaras,  
luz, calor y esencia dan;  
mientras cantan los soldados  
y, como antaño en su hogar,  
dicen en los villancicos  
palabras de amor y paz  
anunciando la llegada  
del Sol de la Humanidad,  
con Martín el Asturiano,<sup>159</sup>  
su amigo y deudo leal,  
y con el bravo Álvar Fáñez,<sup>160</sup>  
en la lid el más tenaz,  
celebra largo consejo  
Cid Rodrigo de Vivar.  
Y hay en su rostro tristeza,  
y hay tristeza en su ademán  
cuando Martín y Álvar Fáñez,  
con justa severidad,  
puesta la mano en el pecho  
dictan sentencia fatal.

159. Se refiere a Martín Peláez, caballero asturiano de la hueste del Cid. No aparece en el *Cantar de Mío Cid*, pero sí en otros textos cidianos, en los que es descrito como un cobarde caballero de gran corazón, como sucede en los romances «Modo singular con que el Cid increpa de cobarde a su sobrino Peláez» o en «Reprende el Cid a su sobrino porque se mostró cobarde» (Durán, 1834: 535). Aparece, también, en la *Crónica de Castilla*, concretamente en un episodio en el que es invitado por el Cid en su mesa para despertar en él una emoción que le permitiera distinguirse en el campo de batalla (Rochwert-Zuili, 2017), que también es recogido en la *Chronicle of the Cid* de Robert Southey (1808), una traducción en prosa del *Cantar* que incluye otros contenidos procedentes de diversas crónicas y romances. En el libro VI capítulo XXIX de este libro, curiosamente, se cuenta cómo llega Martín Peláez el asturiano a Valencia cuando el Cid acaba de comenzar el cerco a la ciudad, lo cual recuerda mucho a estas estrofas de Blanco Belmonte (Southey, 2014). A modo de curiosidad, un anónimo que firmó como «Un ingenio de esta corte» compuso una comedia titulada *Vida y muerte de el Cid campeador y noble Martín Peláez* que vio la luz en la Imprenta de Francisco Surriá en Barcelona en 1770 (Anónimo, 1770).

160. Álvar Fáñez de Minaya (1047-1114) fue uno de los principales capitanes de Alfonso VI durante las conquistas de las taifas del norte de la Península. En el *Cantar de Mío Cid*, así como en los romances cidianos posteriores y en las crónicas, es presentado como uno de los principales lugartenientes, amigos y soldados del Cid.

V

A la tienda donde yacen  
diez soldados de Aliatar  
que intentando al Cid dar muerte  
perdieron la libertad,  
llegose con ceño adusto  
Cid Rodrigo de Vivar.  
Tendió la potente diestra  
con el sublime ademán  
de un sembrador que a los surcos  
lanza simiente ideal;  
y con voz pausada y firme  
así hablo el Cid:

–Escuchad:

Vosotros, los miserables  
que a traición y con puñal  
quisisteis romper mi vida...  
¡Libres sois! ¡Podéis marchar!  
En nombre de Dios que al mundo  
hoy dio ejemplo de humildad,  
yo os perdono.

.....

Y, de esta suerte,  
henchida el alma de paz,  
celebró la Nochebuena  
Cid Rodrigo de Vivar.

(*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 15-21)

### **¡España!**

Aunque abatida por horrible angustia,  
cual azucena mustia,  
inclines tu cabeza soñadora  
¡Yo te amo, Patria, con amor inmenso;  
que el cariño de un hijo es más intenso  
cuando su madre llora!

Como ruedan las hojas amarillas  
que arranca al roble el ábrego iracundo,  
ruedan por tus mejillas  
lágrimas tristes de dolor profundo.

¡No llores, Patria! Que en tu noble frente  
hay lauro en cien batallas conquistado:  
para llenar de gloria tu presente,  
basta con el recuerdo del pasado.

Puso Dios en las flores, dulce aroma;  
en el fondo del mar, rojos corales;  
arrullo blando, en la torcaz paloma;  
luz en los astros; miel en los panales;  
música en los oscuros ruiseñores;  
horror en la borrasca embravecida;  
en el iris, purísimos colores,  
y en el nombre de Patria bendecida  
el más sublime amor de los amores.

Amor, sublime amor, amor tan puro  
cual del salterio la vibrante nota,  
cual la plegaria que en el templo obscuro  
sobre la nube del incienso flota.  
El amor a la Patria es una hoguera  
y a su ardiente inextinta llamarada  
se temple el corazón y el alma entera  
como en el yunque la fulmínea espada.

Por ese amor los cisnes brilladores  
se convierten en fieros alcotanes,  
en Viriatos los rústicos pastores,<sup>161</sup>  
en mártires egregios los Guzmanes;<sup>162</sup>  
por amor a la Patria, el gran Pelayo

161. Viriato fue un líder de la tribu de los lusitanos, que hizo frente a la expansión de Roma en Hispania a mediados del siglo II a. C. en el territorio suroccidental de la península ibérica, dentro de las llamadas guerras lusitanas.

162. Guzmán el Bueno (1256-1309) fue un militar y noble leonés fundador de la casa de Medina Sidonia que participó en numerosas batallas contra los musulmanes durante la conquista durante los reinados de Alfonso X el Sabio y Sancho IV, entre las que destaca, por su cariz legendario, la defensa de Tarifa en 1294.

enarbola señera sin mancilla;  
por ese amor se escribe un Dos de Mayo,  
y alienta un Cid que el reino de Castilla  
ensancha al galopar de su caballo.

¿Qué es la patria?... Es un sol que centellea  
sobre el horrendo campo de pelea;  
es un sol que en el turbio Guadalete<sup>163</sup>  
como sangriento corazón palpita,  
un sol que dora el alto minarete  
de la Alhambra arrancada al Nazarita.<sup>164</sup>

La Patria es manto regio desgarrado,  
es el sudario del vencido moro,  
es un rayo de sol bello y dorado...  
¡Bendiga Dios su símbolo sagrado:  
la bandera teñida en sangre y oro!

No, la Patria no es solo el estandarte  
que en la almena del recio baluarte  
o en el picacho del abrupto monte  
como jirón de gloria al aire ondea.  
No, la Patria no es solo el horizonte  
que limita los campos de la aldea;  
no es solo el dulce idioma que aprendemos  
a balbucir plegaria bendecida,  
idioma dulce en que el adiós daremos  
cuando el término llegue de la vida.  
¡La Patria es mucho más! Es tierno lazo  
que une a los seres en estrecho abrazo;  
es madre que con férvido cariño  
adopta al pobre expósito sin nombre,  
es blanda cuna donde duerme el niño,  
es un altar donde se postra el hombre.

163. La Batalla de Guadalete, según las crónicas árabes de los siglos X y XI, tuvo lugar en el 711 cerca del río Guadalete que enfrentó a las huestes del rey goda Rodrigo y a los soldados del Califato Omeya de Tariq ibn Ziyad. La victoria de estos últimos supuso el inicio del final de la dominación visigoda de la Península Ibérica.

164. Al contraponer la conquista de Granada a la Batalla de Guadalete, Blanco Belmonte consigue resumir en unos versos los ocho siglos de dominación musulmana y afirmar, en un sentido patriótico, la victoria final del cristianismo de los Reyes Católicos sobre el pueblo árabe.

Tiene la Patria mía,  
 cual recuerdo de glorias que pasaron:  
 mosquetes que rugieron en Pavía,  
 cañones que en Lepanto rebramaron,  
 broqueles que en Otumba se rompieron,  
 astillas de las naves arrojadas  
 que en Trafalgar se hundieron,  
 y olímpicas espadas  
 que en Bailén, con esfuerzo sin segundo,  
 hirieron a las águilas airadas  
 que volaban triunfantes por el mundo.<sup>165</sup>

.....  
 Como luce la enseña redentora  
 en el templo sagrado,  
 así la Cruz destella brilladora  
 en el pecho del pobre Juan Soldado.<sup>166</sup>  
 El templo de la Patria bendecida  
 es el pecho del hijo que, en campaña,  
 con épico valor y frente erguida,  
 muere... ¡porque su patria tenga vida!  
 Y da su sangre... ¡por salvar a España!

Cuando mi cuerpo débil y rendido  
 por los embates de contraria suerte  
 –como un esquife en ancho mar perdido–  
 logre arribar al puerto de la muerte,  
 yo no quiero ataúd, ni férrea caja,  
 ni marmóreo sepulcro, ni mortaja,

165. Referencia aquí, Blanco Belmonte, varias batallas relevantes en la historia de España. La Batalla de Pavía enfrentó al ejército francés de Francisco I contra las tropas de Carlos V en 1525, con victoria de estas últimas. La Batalla naval de Lepanto frenó en 1571 el expansionismo otomano con la victoria de la Liga Santa (comandada por Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos V) sobre la armada turca. La Batalla de Otumba enfrentó a las tropas de Matlatzincáztin y a las de Hernán Cortés, a la postre vencedoras, en el marco de la Conquista de México en 1520. La Batalla de Trafalgar, como se entrevé en el verso, supuso la derrota de los aliados Francia y España por parte de la armada británica al mando del almirante Nelson en las costas del Cabo Trafalgar (Barbate, Cádiz) en 1805. Finalmente, la Batalla de Bailén, el 19 de julio de 1808, cobró entidad mítica para los españoles al suponer la primera derrota de los ejércitos de Napoleón a campo abierto en el marco de la Guerra de la Independencia.

166. Se refiere Blanco Belmonte a un antiguo cuento popular andaluz que narra la historia de Juan Soldado, un hombre cristiano que, tras veinticuatro años de servicio al rey, únicamente había conseguido una libra de pan y seis maravedís. El relato, que fue recogido en 1859 por Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea (firmando como Fernán Caballero) en *Cuentos y poesías populares andaluces*, tuvo cierta repercusión a lo largo del siglo XIX (Fernán Caballero, 1859: 124-137). Su popularidad se extendió durante el siglo XX, como demuestra el telefilme protagonizado y dirigido por Fernando Fernán Gómez en 1973 titulado *Juan Soldado*.

yo quiero en ansia loca  
en la fosa común encontrar lecho,  
besar su tierra con mi muerta boca  
y estrechar a mi Patria contra el pecho.

(*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 25-30)

### **Joya de Ávila<sup>167</sup>**

Bien hace el buen caballero  
que, empuñando firme acero  
sobre el mármol sepulcral,  
con expresión de bravura,  
volando está a una hermosura  
que duerme el sueño eternal.

Bien hace el rudo caudillo  
—que a su linaje dio brillo  
batallando por la Fe—  
cuando, en la piedra vetusta,  
protege a la dama augusta  
que yace en Santo Tomé.

Noble dama, gran señora  
de majestad seductora,  
de porte altivo y gentil,  
tiene en su imagen belleza  
que recuerda la pureza  
de los lirios de marfil.

El tiempo transcurre en vano  
sobre el mármol soberano  
donde grabadas están  
las perfecciones de diosa  
de la que educó, piadosa,  
al buen príncipe don Juan.<sup>168</sup>

167. Se refiere al Monasterio de Santo Tomás de Ávila, fundado en 1480 en honor a Santo Tomás de Aquino y donde está enterrado el infante Don Juan, hijo de los Reyes Católicos.

168. Se refiere Blanco Belmonte a la nodriza y educadora del Infante don Juan. No hemos encontrado información sobre esta sepultura en el Monasterio de Santo Tomás de Ávila, donde sí está enterrado el Infante Don Juan, en un sepulcro de mármol de Carrara realizado por Domenico Francelli.

Flor de sonrisa en su boca.  
En la nieve de la toca  
brilla su rostro de abril,  
y mueve a tierno respeto  
el cuerpo, cuyo secreto  
se oculta en amplio monjil.

¡No está muerta! ¡Está dormida!  
Aun el ritmo de la vida  
quiere en su pecho asentar,  
y, en el templo solitario,  
las cuentas de su rosario  
aun se escuchan resbalar.

Descansa de la jornada,  
y, cual rosa perfumada,  
cierra su cáliz de miel;  
duerme con dulce recato,  
tal vez dócil al mandato  
de su gran reina Isabel.

Duerme soñando con cielos  
donde nunca sienta celos  
su valiente campeón:  
el de barba aborascada,  
el de la tajante espada,  
el de honrado corazón.

Duerme la rival preclara  
de aquella ilustre Vergara  
–maestra en el arte de hablar–  
de la infanta catalina,  
de la sapiente latina  
y de Florencia Pinar.<sup>169</sup>

Duerme, que no se despierte  
la que en su lecho de muerte  
aún mueve a la admiración;

169. Poeta española de mediados del siglo XV que fue dama de la corte de Isabel I.

duerme la dama hechicera  
de Dávila compañera<sup>170</sup>  
de los Velázquez blasón.<sup>171</sup>

Y el esposo, siempre amante,  
estrecha el recio montante,  
y lo adusto de su faz  
y la hosquedad de su ceño.  
Dicen: ¡Respetad el sueño!  
¡Dejadla dormir en paz!

No temas, buen caballero,  
abandona el firme acero  
que blandiste por la fe;  
ante tu beldad discreta  
se arrodilla el que, poeta,  
visita a Santo Tomás.

(*La patria de mis sueños*, 1912, pp. 71-75)

## El alma del Califa

I

Elegido del Profeta para espejo de su gloria,  
cien combates le brindaron el laurel de la victoria,  
cien dolores desgarraron su indomable corazón;  
era cumbre, y ostentaba la grandeza de la altura;  
era mar, y de los mares encerraba la amargura;  
y era rey, aunque en las venas tuvo sangre de león.

Su mirada refulgía con relámpago de acero;  
su rencor era exterminio de vandálico guerrero;  
su justicia caminaba con empuje de huracán,  
y en la tregua y en la lucha, siempre firme y sin desmayo,

170. La casa de los Dávila fue un linaje español originario de la Corona de Castilla que tuvo su origen en Ávila y que tuvo importancia en la conquista de la ciudad.

171. Puede referirse a la familia de Juan Velázquez de León (conquistador español que participó en la Conquista de México) y de su cuñado Diego Velázquez de Cuéllar (primer gobernante de Cuba). A partir de la llegada de ellos a América, buena parte de la familia se trasladó allí, empleándose en distintos cometidos vinculados con la política.

negro abismo iluminado por la cólera del rayo  
era el alma misteriosa del tercer Abderramán.<sup>172</sup>

Sus dominios ensanchaba como el sol en las esferas,  
–sin obstáculo, sin dique, sin estorbo, sin fronteras–  
como el sol, que está seguro de mirar todo a sus pies.  
Y era un grito cada piedra y un temblor cada muralla  
cuando al viento desplegaba su estandarte de batalla  
el terror de las ciudades: el Califa cordobés.

Su palacio era un estruendo de magnífica opulencia,  
sus diamantes sobornaron de un Imperio la conciencia,  
sus esclavas eran rosas encendidas de pasión;  
para timbre de su gloria levantábase la aljama;  
su renombre por el mundo iba en las alas de la fama,  
y su genio era muy grande, y más grande su ambición.

Y aún más grande, con grandeza de pavor y de agonía,  
en el campo de su vida la tristeza se extendía  
cual retama gigantesca, cual mandrágora fatal;  
ni en los mares de la dicha navegó la regia barca,  
ni hubo mieles que endulzaran la amargura del Monarca,  
ni un capullo de sonrisa que alegrase el abrojal.

No hay palmeras que engalanen las orillas del Mar Muerto;  
no hay jazmines ni claveles en la arena del desierto;  
no hay violetas en el cráter del volcán abrasador,  
y en el pecho devastado por envidias y traiciones,  
al morir las esperanzas sin brotar las ilusiones,  
hecho adelfa ensangrentada surge el odio triunfador.

## II

Se encendieron almenares en lejanos horizontes,  
y, luciendo cual pupilas en la cresta de los montes,  
arrancaron un rugido al Califa musulmán;  
un rugido formidable de amenaza tremebunda,

172. Abderramán III (891-961) fue el primer califa omeya de Córdoba (929-961). Fundó Medina Azahara y condujo al emirato de Córdoba a una notable expansión militar, política y cultural.

el rugido fragoroso de la mar cuando iracunda  
quiere erguir hasta los cielos las espumas de su afán.

Con el vuelo de neblíes, dos mancebos africanos  
escalaron las montañas, descendieron a los llanos,  
y, al entrar en la campiña que fecunda Guad-Kebir,<sup>173</sup>  
con asombro contemplaron uno y otro mensajero:  
como un campo todo espigas, una vega todo acero,  
galopando fulgurante a la voz del gran Emir.

Del Emir que, a rienda suelta, avanzaba en su caballo,  
anhelando dar castigo a traiciones del vasallo  
que en Zamora, cual rebelde, tremolara su pendón.  
¡Guerra y muerte!, van gritando los jinetes musulmanes;  
y colaban los corceles con impulso de alcotanes,  
y el Califa murmuraba: «¡Guerra a muerte! ¡No hay perdón!».

En peligro está el rebelde; en peligro está Zamora;  
su temor es un silencio que se acrece hora tras hora;  
son de sangre los arroyos que hasta el Duero raudos van;  
todo es rojo: tres combates han tendido su alcatifa,  
rojos son los alquiceles de la hueste del Califa,  
y son rojos los designios del soberbio Abderramán.

Ya está rota la armadura, una brecha hay en la torre,  
y por ella la esperanza con la hirviente sangre corre;  
mas no ceden los rebeldes, ni se humillan al perdón;  
han templado sus alientos en la hoguera del delirio,  
Ben Yacub y sus guerreros, en la torre, piedra son.

Y una noche menos negra que la envidia de un villano,  
una noche en la que el sueño con su influjo soberano  
abrió treguas en el ansia de matar o de morir,  
profanando del silencio la grandeza abrumadora,  
un sollozo formidable rasgó el pecho de Zamora  
y un clamor de regocijo llenó el campo del Emir.<sup>174</sup>

173. Río Guadalquivir.

174. Hace referencia a la Batalla de Alhandic o Batalla del Foso de Zamora (939) que enfrentó a las tropas de Ramiro II de León contra las de Abderramán III, que salió victorioso y consiguió, así, conquistar la ciudad.

III

Un malvado despreciable de la raza de los viles  
que han nacido, siendo Judas, con entraña de reptiles,  
allegose hasta el Califa y, con gozo de traidor,  
entregando a un pequeñuelo que asustado gime y llora,  
así dice: «¡Ten la llave de la plaza de Zamora!  
¡Ten al hijo del rebelde que ha ofendido a su señor!».

.....

Entre el luto de la noche, más veloz que rauda flecha,  
cruza el campo, salva el Duero y, a galope, por la brecha  
un guerrero musulmita entra al fin en la ciudad.  
Su mirada deslumbrante cuando brilla lanza un reto,  
y la guardia le abre paso y se inclina con respeto  
cual se inclinan las palmeras al sentir la tempestad.

En la torre del Alcázar, abrumado por la angustia,  
Ben Yacub mira a su esposa, pobre flor que yace mustia,  
mientras flota el estandarte que aún convoca a rebelión.  
Al perder al hijo amado que era luz de su existencia,  
solo aguarda de la muerte redentora la clemencia:  
que la muerte es el descanso cuando estalla el corazón.

Y a la torre del Alcázar, que es penacho de Zamora,  
el guerrero musulmita ha llegado con la aurora  
–que entre púrpura se alzaba del Oriente en el altar–,  
y con gesto soberano de ternura y de consuelo  
puso en brazos de los padres al amado pequeñuelo  
y les dijo blandamente: «¡Que no llore al despertar!».

.....

Cuando el sol rasgó las nubes, pregonero de victoria,  
en su gloria sintió envidia admirando aquella gloria  
de unos padres sollozando de un guerrero ante los pies.  
El niño despertaba arrullado por la brisa,  
y a los labios del guerrero asomaba una sonrisa:  
¡La primera! ¡La más dulce del Califa cordobés!

(*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 27-30)

## Los hermanos de Álvaro Fáñez<sup>175</sup>

### I

No figura su nombre en la *Gesta* del Cid,  
aunque el bravo Álvaro Fáñez fue con él a la lid.

Era bueno entre todos, sin llegar al mejor,  
porque estaba ante todos el gran Cid Campeador.

Mío Cid era el caudillo, Álvaro el capitán;  
un águila, Rodrigo; su deudo, un alcotán.

Marchaban como suelen ir el tigre y el león,  
parejos en las garras, mas no en el corazón.

Pues acatando el mundo la fuerza como ley,  
entre hombres y entre fieras hay príncipes y rey.

### II

Primero que Peláez, que Ordóñez y que Gil,<sup>176</sup>  
va siempre el de Minaya con ímpetu viril.

Y él lleva a los combates la enseña de Vivar,  
la enseña que en el orbe nadie pudo humillar.

Un pendón desteñido por la lluvia y el sol,  
y teñido mil veces con sangriento arrebol

El pendón era un grito de entusiasmo leal,  
cual la voz de Castilla, la Castilla inmortal...

175. Para Álvaro Fáñez, remitimos a las notas de poemas anteriores de Blanco Belmonte.

176. Para Martín Peláez y Pero Gil remitimos, también, a las notas anteriores. García Ordóñez, noble castellano conde de Nájera, que mantuvo una buena relación con el Cid, al menos, hasta 1079, siendo incluso uno de los garantes de las arras entregadas a Doña Jimena. Su relación, según el *Cantar*, se trunca tras la Batalla de Cabra. Suele aparecer referido en la tradición cidiana como uno de los enemigos del Cid, junto a los Infantes de Carrión, lo cual no acaba de concordar con la imagen que da Blanco Belmonte, que se asemeja más a la visión elogiosa de Rodrigo Jiménez de Rada en *De rebus hispaniae* (Montaner Frutos, 2011: 841).

La que eleva en Cardeña su plegaria de luz,<sup>177</sup>  
y al rey Alfonso manda que jure ante la Cruz.<sup>178</sup>

### III

Si el Cid sale al destierro, su primo se va con él;  
abrojos hallan a ambos y juntos beben hiel.

Cuando entran en la lucha con épica lealtad,  
el rayo es Álvar Fáñez, el Cid... ¡la tempestad!

Los moros a Álvar Fáñez apodan *Maldición*,  
y a Cid Rodrigo llaman *El padre del perdón*.

La gloria y el caudillo se buscan con afán,  
como el templado acero y el poderoso imán.

Pero la gloria es astro que, siempre, al refulgir,  
primero que los valles, las cumbres va a bruñir.

### IV

En cien y cien combates, con fiera decisión,  
la hueste cogió lauros siguiendo a su pendón.

Al bélico estandarte que tremolaba audaz  
en manos de Álvar Fáñez, que nunca quiso paz.

Él era el brazo fuerte y el centinela fiel;  
relámpago de espada con alma de lebre.

Llevando la bandera llegó a la senectud;  
la sombra y el silencio velaron su ataúd.

Y Pero Abad olvida al ínclito adalid,<sup>179</sup>  
que, a no existir Rodrigo, hubiera sido un Cid.

177. Sobre San Pedro de Cardeña, remitimos a notas anteriores.

178. La Jura de Santa Gadea, popularizada a través del «Romance de la Jura de Santa Gadea», fue un juramento que hubo de prestar el rey Alfonso VI al Cid a fin de demostrar que no había participado en el asesinato de su hermano Sancho II de Castilla.

179. Monje copista de la versión más antigua conservada del *Cantar de Mío Cid*.

V

Hermanos de Álvaro Fáñez, del bravo capitán,  
hay muchos que olvidados por siempre dormirán.

Ni nombre, ni memoria, ni lauro, ni blasón,  
se guarda de esos hombres de honrado corazón.

Que alzaron los pendones del mundo en el confín,  
venciendo en Garellano, Otumba y San Quintín.<sup>180</sup>

Por ellos la victoria esclava nuestra fue;  
por ellos todo un mundo se incorporó a la fe.

¡No es justo que esos hombres, cansador de triunfar,  
no encuentren un recuerdo después del de Vivar!

VI

¡Salud a cuantos viven de España bajo el sol!  
¡Salud al que se ufana llamándose español!

¡Salud a los tenientes de todo Capitán!  
¡Salud a los segundos que nunca brillarán!

Por ellos, abnegados y ricos en virtud,  
descuellan esas cumbres de magna excelsitud.

Por ellos con la gloria se ciñe el campeón.  
¡Salud al que combate con santa abnegación!

Cuando el deber nos llame, ¡marchemos a la lid!  
¿Qué importan los laureles?... ¡Sean todos para el Cid!

*(Al sembrar los trigos, 1913, pp. 55-60)*

180. Para la Batalla de Otumba, remitimos a notas anteriores. En cuanto a la Batalla de Garellano, enfrentó a las tropas francesas y españolas en 1503 durante la segunda guerra de Nápoles, con victoria de las segundas. La famosa Batalla de San Quintín, enfrentó en el marco de las guerras italianas a las tropas francesas y a las españolas, con la importante victoria de estas últimas.

## Ante el Castillo de Coca<sup>181</sup>

I

Con majestad suprema de majestad caída  
te acercas al instante postrero de tu vida  
como gallardo símbolo de un tiempo que pasó;  
los hombres no pudieron rendir tu fortaleza,  
altiva y triunfadora se alzaba en tu cabeza  
pensando en lo invencible... ¡y el tiempo te venció!

Abierto sigue el foso, aun ciñes la coraza  
de adarves y de torres que fueron amenaza  
para la tropa braza deshecha en Villalar.<sup>182</sup>  
Y el odio y la perfidia, soñando en el ultraje,  
chocaron en tus muros rindiendo el homenaje  
que rinden al escollo las olas de la mar.

En ti vivió la raza del alto caballero  
que fulguró en Castilla como terrible acero  
y quiso de Castilla romper la tradición;  
en ti vivió aquel prócer de su deber esclavo  
que al empujar su hueste contra Padilla y Bravo<sup>183</sup>  
mostrose fiero tigre enfrente del león.

Para labrar sus torres, Fonseca dio un tesoro,  
y un arquitecto hispano y un alarife moro  
forjaron tu belleza, tejieron tu esbeltez;<sup>184</sup>  
y así tus líneas guardan el ritmo sobrio y puro  
del arte prodigioso que cinceló en tu muro  
la rosa de la ojiva besando el ajimez.

181. Fortaleza de la ciudad de Coca (Segovia) construida en el siglo XV por Alonso de Fonseca y Ulloa (1418-1473) señor de las villas de Coca y Alaejos y arzobispo de Sevilla. Es hoy una de las principales muestras del arte gótico-mudéjar. La situación del castillo cuando lo describe Blanco Belmonte es prácticamente de ruina. Fue restaurado en 1956.

182. Batalla de Villalar (23 de abril de 1521), que enfrentó, en el marco de la Guerra de las Comunidades de Castilla, a las fuerzas de Carlos V y a los comuneros de Santa Justa. La derrota de estos últimos, y la ejecución de sus líderes (Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado) puso prácticamente fin al conflicto comunero, que únicamente continuó en Toledo hasta febrero de 1522.

183. Líderes de las revueltas comuneras, ejecutados tras la batalla de Villalar. El Castillo de Coca fue atacado por las tropas comuneras en represalia del incendio de Medina del Campo, llevado a cabo por Antonio de Fonseca, capitán de los reyes católicos y dueño del castillo. La imposibilidad de acceder al castillo provocó que los comuneros destruyeran la cercana fortaleza de Alaejos (Valladolid).

184. Remitimos a notas anteriores sobre Alonso de Fonseca y Ulloa.

Naciste por tu dicha en horas de fortuna,  
cuando brotó un imperio del mar en la ancha cuna,  
cuando el poder del moro se hundió junto al Genil;<sup>185</sup>  
naciste en la epopeya sublime de la Historia,  
y unido a tus recuerdos palpita la memoria  
del inmortal Cristóforo<sup>186</sup> y el ínclito Boabdil.<sup>187</sup>

II

Aun vives, y es tristeza mirarte en la agonía.  
Cual timbre soberano de honor y de hidalguía  
eras rubí sangriento cuajado en el pinar,  
y el cristalino Eresma juntándose al Voltoya<sup>188</sup>  
te reflejó en sus aguas como blasón y joya  
al ir de tumbo en tumbo corriendo hacia la mar.

En ti alentaba España, la que engendró a Cisneros,<sup>189</sup>  
la madre sacrosanta de sabios y guerreros,  
la España de Fernando, la España de Isabel;  
aquella Patria hermosa de aliento tan fecundo  
que al mundo halló pequeño y, al ensanchar el mundo,  
para extender su gloria... ¡tampoco cupo en él!

Jamás en tu recinto se entronizó el villano,  
jamás tu recio tronco fue nido de gusano,  
jamás manchó tus muros la infamia o la traición;  
si en odio hacia Fonseca te dejan arruinarte,  
por odio hacia Fonseca debieran conservarte  
cual se conserva el hierro ganado al campeón.

A imagen de tu dueño triunfaste por ser fuerte,  
y al expirar tu dueño se aproximó tu muerte  
velada con olvidos y torpe ingratitud.

185. Río del sur de España que nace en Sierra Nevada y desemboca en el Guadalquivir, a la altura de Palma del Río (Córdoba). En sus orillas, se libraron numerosas batallas durante la conquista de los reinos musulmanes de Córdoba y Granada.

186. Cristóbal Colón.

187. Boabdil, conocido como Muhammad XI (1459-1533) fue el último sultán del reino nazarí de Granada.

188. El Voltoya es un río afluente del Eresma, que es subafluente del Duero, previa unión con el río Adaja.

189. Francisco Giménez de Cisneros (1436-1517) fue cardenal del arzobispado de Toledo, primado de España e inquisidor general de Castilla. Gobernó la corona por la incapacidad de la reina Juana tras la muerte de Felipe el Hermoso (1506-1507) y tras la muerte de Fernando el Católico (1516-1517), esta última en espera de la mayoría de edad de Carlos V.

Ayer hasta las nubes te alzabas como un reto,  
y hoy surges vacilante cual pálido esqueleto  
que aguarda por consuelo la paz del ataúd.

Los que temblaron siempre, a ti llegan audaces  
—así al despojo acuden en bando las rapaces—  
y turban el silencio que envuelve al panteón.  
Y tú, cual un cadáver al borde de la tumba,  
resbalas lentamente. Contigo se derrumba  
el nido de una estirpe modelo de tesón.

III

Cuando de ti me alejo, noble señor de Coca  
la queja que no exhalas brotar quiere en mi boca  
para pedir que amporen tu triste soledad.  
Tu orgullo fue el orgullo del héroe y del magnate,  
tu fuerza fue la fuerza de un arma de combate,  
tu culpa fue la culpa de no sentir piedad.

¡Que España te defienda, joyel de arquitectura!  
¡Que el Arte con su escudo proteja tu hermosura  
salvando los florones que el tiempo respetó!

.....

Yo admiro tu grandeza sin admirar tu gloria,  
y, porque te hizo grande, en nombre de la Historia  
perdono a tu caudillo que nunca perdonó.

Coca, 1913

(*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 191-195)

### Las joyas del juglar [selección]

I

Guardo en mi hogar, cual trozos de la Historia  
joyeles despojados de riqueza;  
les da el recuerdo su mejor belleza  
y es su pasado evocación de gloria.

Son emblemas que cifran la memoria  
de un alma toda amor que lucha y reza;  
blasones de romántica nobleza  
yo conservo, cual limpia ejecutoria.

Un Cristo que un obscuro imaginero  
talló para el adorno de algún coro,  
una tizona de templado acero,  
un jirón de bandera –sol de oro–,  
un vetusto ejemplar del *Romancero*,  
y una guzla que fue de un jeque moro.

II

Mi guzla

En un oscuro rincón de la Mezquita  
que al beso de la Cruz se hizo cristiana,  
he encontrado una guzla musulmana  
donde un alma de ayer vive y palpita.

Cuando sus cuerdas la emoción agita,  
brota de ellas la estrofa soberana  
que junta a la entereza castellana  
la oriental languidez del islamita.

Es trova por su mágica ternura  
y es oración por su bendito anhelo  
lo que mi guzla en su temor murmura.

Pero al tender como la alondra el vuelo,  
sea salve, bendición, romance o sura.  
¡Es latido de fe que sube al Cielo!

III

El Romancero

El pueblo lo escribió. La noble hazaña  
al rodar de los campos a la villa  
era más que un romance: era Castilla  
que se ensanchaba para ser España.

Era grito de guerra en la campaña,  
era el aliento de la fe sencilla  
de aquel que derrotado no se humilla  
y al lograr la victoria no se ensaña.

Bajo tapas de rancio pergamino  
guarda, como tesoro peregrino,  
todo un mundo de ensueños y de gloria.

Y hay en el *Romancero* soberano  
la cuna del idioma castellano  
y el raudal fulgurante de la historia.

(*Al sembrar los trigos*, 1913, pp. 199-205)